

Empiezo leyéndoos un koan que recuperaré al final:

“¡Escucha ahora el sonido de una sola mano!”
(*Koan de Hakuin*)

Una premisa “accidental”

Creo que muchas habréis leído el resumen que se mandó al preparar este encuentro. Mis intenciones estaban claras entonces: eran las mismas que me habían llevado meses antes a aceptar la invitación de Duoda y Milagros a venir aquí hoy para el Diálogo Magistral. Sentía que debía volver a responder a un diálogo iniciado hace mucho tiempo. Y sentía que lo que me gustaría hacer era *restituir* algo que he recibido de esta experiencia, *volviendo otra vez* sobre ella. Por eso había decidido usar el verbo *volver*, que me haría de guía en un repensar que sabía que me llevaría a hacer cuentas con tantas, tantísimas cosas de mi recorrido personal, interior, intelectual, político, y del recorrido hecho con otras, presentes también ellas en todos estos aspectos. Sobre todo con el haberme encontrado en el máster asumiendo una autoridad magistral, y con mi ser una autora que había tenido el privilegio de tener como alumnas a lectoras extraordinarias, “ideales”, que estaban cursando una asignatura para obtener, a su vez, un “máster”, con las cuales estaba implicada en un movimiento común de “volver”.

Tenía, pues, en la cabeza lo que querría escribir aunque, como me pasa siempre, sabía que me costaría mucho hacerlo, o sea, afrontar la puerta estrecha de la escritura. Y ¡ay! sí, me prometía que volvería esta vez sobre ese umbral de la escritura no solo en la práctica, o sea haciéndola y escribiendo, sino con una revuelta más del pensamiento, al haber podido repensarlo junto con otras.

* Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas.

Después pasaron dos cosas que trastornaron mis buenos propósitos, amenazando con hacerlos naufragar pero, a la vez, dándoles mayor urgencia.

La primera fue que al escribir el texto de la conferencia que di en el Seminario grande de Diótima (y que ahora ha salido en el último número de nuestra revista *online* con el título *Noi che non siamo indifferenti*)¹ recaí precisamente en ese umbral: en un *bloqueo de la escritura*. Ya lo conocía, pero esta vez lo he sufrido tanto que me llevó a declarar: ¡después de esto no volveré a escribir! Y lo más grave es que me he negado a escribir para el nuevo libro a pesar de que las amigas de Diótima, preocupadas, me lo hayan solicitado.

Pero tenía este compromiso, no podía fallar, al menos esta promesa había que cumplirla.

Posponía el momento. Finalmente me puse a redactar el resumen, pero luego temía la prueba de la redacción del texto, de afrontar de nuevo la escritura. Aunque tenía una esperanza, la de hacerlo con el buen augurio de una experiencia que, como diré después, me había reconciliado un poco con la escritura y con mis escritos.

Pero ocurrió una segunda caída, esta vez no metafórica: un accidente. Me caí, no por mi culpa, precisamente en el umbral de mi casa, en la puerta de la verja, cuando iba al Instituto en bicicleta. Me rompí el brazo izquierdo, que se quedó inmovilizado durante un mes.

Yo no creo en los signos del destino ni tampoco mucho en el recurrir al inconsciente cuando tenemos una enfermedad o un accidente. Aunque aquí la tentación es grande, pero como racionalista la meto en la categoría de la *contingencia*. Una contingencia desafortunada, sin quién sabe qué explicación anterior en el orden de nuestra vida o en su sentido, pero de todos modos algo que en el momento en el que ocurre toca ese orden o ese sentido haciendo que

se rompa su equilibrio, sí, pero también revelándolo en las fuerzas que lo sostenían, fuera precario o sólido.

De modo que el encontrarme en la dificultad material de apañarme en la vida yo sola y de tener que escribir en el ordenador con una sola mano, puso en evidencia un sentido mayor de la cosa. Me hizo poner en el orden del día el modo en el que se sostienen *el estar solas y el estar juntas*, el hacer por ti y el hacer con otras, el pensar por ti y con otras. Y finalmente cómo es que la escritura, esta actividad que es típicamente para una mano sola en la escritura a mano, que yo ya no sé hacer, es para mí como una cruz en la que estas dos condiciones me ponen y, con frecuencia, acaban clavándome.

Es sabido que existe el *bloqueo del escritor*, pero hay también un *bloqueo de la escritora*. Y no puedo quedarme sin afrontarlo.

¿Son los mismos fenómenos, es lo mismo? No: están marcados por la diferencia sexual. Si se trata de una patología con síntomas afines, tienen presumiblemente causas y curas distintas. Como son distintas la posición del autor y la de la autora, la mujer que se mete en la empresa de una escritura, especialmente de una escritura feminista. Mi hipótesis es que se trata de una enfermedad que atañe exactamente al cruce entre esas dos dimensiones: la singularidad y el ser con otros..., una patología eminentemente pertinente a la libertad y la autoridad en la significación y circulación simbólica, y también la política. (*Quien hace la empresa del máster forma parte de la cura...*).

Esta situación de bloqueo, la condición “minusválida”, de no ser ciertamente *magis* sino *minus*, en la que me encontré por el accidente de la mano, esta última reflexión e hipótesis, todo esto ha marcado mi ponerme a escribir, el volver a escribir, y se ha convertido en una *clave de lectura* para retomar el diálogo allí donde lo había dejado

con mi declaración de intenciones en el resumen. Descubrí después que no era tan distinto de lo que me proponía tratar. Y a ello regreso ahora.

Pero con una advertencia: estoy escribiendo, y diré sin duda: estoy aquí. Estoy contenta de estarlo, pero esto que tal vez será un final feliz, un alivio, no significa que vaya a contar una historia edificante. Quien me conoce sabe que no hay otra que sienta más gratitud que yo hacia lo positivo recibido de mi madre y de las mujeres que en el feminismo me han llevado a reconocer este primer don. Pero sabrán también que desconfío de la “liturgia materna” que con frecuencia nos lleva a dibujar una imagen edulcorada, toda del lado del bien, y creo que hay que ajustar cuentas con lo negativo, también y sobre todo cuando movilizan la relación con la autoridad materna.

Ahora estoy en un momento de pasión de lo negativo de esta naturaleza. He aprendido del feminismo a tener confianza en la práctica de partir de sí, en las relaciones, y que autoridad magistral no significa estar en el esplendor de la fuerza o del saber, o del bien, como la autoridad materna no está en que nuestra madre haya sido completamente buena.

Lo digo, me lo digo, os lo digo, hay que decirlo... pero no faltan las sombras, hay una pasión que me mueve y un padecer que me retiene. Lo que os diré lleva el signo de ello, también en el modo, que no se parecerá tanto a la competencia de *escribir ensayos* como a un fatigoso exponerse en un *dar prueba de sí*.

Hay algo que me recuerda lo que dice Luisa Muraro sobre la falta de preparación cuando “se pide que hagas ser al ser y des vida a la vida. El haber estudiado no ayuda, ni ayuda el ser buenos y competentes, como muchos creen, sino solo *no estar a la altura* y saberlo y seguir en ello (o sea, amar)”.² El amor funciona, pero fuerte es también la llamada...

Volviéndome a pensar la experiencia de Duoda

Recupero pues el hilo del resumen.

Han pasado ya diez años desde que empecé a participar en el máster de Duoda con una asignatura *online* bianual. También entonces la petición vino, creo, de Milagros, y detrás estaban la relación entre Diótima y Duoda y la cercanía teórica y política sobre el pensamiento de la diferencia sexual. Una historia larga, un terreno ya cultivado por muchas relaciones y ocasiones, en concreto otras amigas italianas, Luisa Muraro y Clara Jourdan ya habían dado cursos (Chiara Zamboni, Annamaria Piussi, Donatella Franchi y otras participarían después). Esto me reconfortaba, ellas me hablaban de la experiencia como importante, a mí me preocupaba no ser capaz, también porque solo sabía leer el castellano, no escribirlo ni hablarlo... ¡como veis perfectamente! Sobre este aspecto de la lengua, obstáculo fundamental pero no insalvable, volveré tal vez luego.

Podía usar como materiales del curso textos que ya había publicado traducidos. Aunque ahora me parezca una elección un poco presuntuosa, entonces me pareció la más fácil. *Por suerte, a veces no pensamos demasiado en lo que vamos a hacer.*

Escogí como título una frase de Hannah Arendt: *Pensar en lo que hacemos*. Es lo que ella dice de su propia empresa en *Vida activa*, y marca todo su pensamiento. Yo lo compartía intensamente, y ahora me doy cuenta de que lo comparto todavía más. *Por suerte, a veces en lo que hacemos hay un signo de sentido más fuerte de lo que pensamos.*

Sabía que iba a ser una aventura, el comienzo de un viaje que me entusiasmaba. No sabía todavía hasta qué punto iba a ser un auténtico viaje de formación, ni lo profético que resultaría ese título. Como aceptar una misión casi imposible, aunque practicable, con una meta que se desplazaría siempre según yo avanzara, moviéndose hacia

delante y también atrás y también de lado en sentidos imprevistos. Tenía un programa de viaje, sí, un itinerario que yo misma me había dado, que figuraba que recorrería etapas que creía que ya conocía por haberlas marcado y conquistado ya en viajes anteriores junto a otras, en otras aventuras. Pero la compañía iba a estar hecha de otras mujeres, desconocidas, lejanas, incluso lejanísimas, que sin embargo incluso desde esas distancias me elegirían como guía, con quién sabe qué deseos y metas, pero con confianza. Tendría que guiar a compañeras de viaje a la vez confiadas y exigentes, distantes y extrañas y al mismo tiempo tal vez cercanísimas e íntimas.

¡Debería haber sabido que me iban a hacer viajar, desplazarme, dislocar, desviar y arriesgar más de lo que yo podría prever y programar! ¿Es que alguna vez en mi experiencia con otras mujeres en el feminismo había podido dar por supuesto un programa de viaje? Pero en esta ocasión habría conducido yo; los textos que proponía habían sido escritos por mí, eran pasos de mi itinerario ya compartido, esos que había conseguido marcar paso a paso en el pensar en lo que había hecho con otras de Diótima. Cierto, pero hasta qué punto he sido también guiada en otro viaje, que sin embargo era también el mismo, el mío, ya no solo el mío, ahora no más el mío. Más bien “además” el mío.

Un movimiento que lleva más lejos y más cerca

“Puesto que, aun así, este camino no es llano y lineal sino más bien un recorrido en espiral, los inicios no pueden ser simplemente dejados atrás. Tienen que ser recuperados una y otra vez, comprendidos y escuchados cada vez más profundamente, en un contexto en continua evolución” (Mary Daly, *Beyond God the Father*).

Toda la experiencia del máster ha estado bajo el signo de la apuesta por el cómo se puede ir lejos sin perder el vínculo con el punto de partida, no cortando con el origen

sino reencontrándolo, como un tomar distancia de sí pero ganando proximidad consigo. Y al revés, como un mantenerse casi obstinadamente fijadas al punto del que venimos y encontrarse, precisamente por ello, llevadas a saber cubrir distancias y recorrer lejanías que nos dan un horizonte más ancho, pero orientado.

O además ha sido una lección sobre la distancia y el *partirse de sí* que se da en la escritura y en el volverse hacia otras. Y de cómo la lectura y el volverse de otras al Yo ausente que ha escrito y a mí que respondo presente hace que reencuentres un Yo “repartido”, pero también “partido de nuevo”.

Difícil ir con orden, cuando el orden es el del movimiento de *volver*. El propio relato se enreda. Haría falta saber bailar girando en redondo, como en el vals o en una sardana que amplía siempre su círculo. Querría como partir del inicio, pero *el inicio es ahora*, y lo que era el inicio parece un extraño lugar de ignorancia profética, como ya habitado por su destino fuera de sí.

Así, naturalmente, puedo hablar de lo que he aprendido más que de lo que he enseñado, no solo porque este sería el relato de mis alumnas sino sobre todo porque lo que he enseñado lo he verdaderamente yo misma aprendido, lo sé quizás solo ahora. Y todo esto pasa a través del nudo de la escritura y de la dificultad de asumir la posición de estar autorizadas a escribir y ser autoras que revivo en el presente, aunque sea un pasadizo que he vivido en cada página escrita. Sobre esto el máster me ha ayudado a entender mejor las fuerzas y las dinámicas que actúan sea en la escritura en primera persona de un texto que se dice feminista, sea en esa *escritura común de un texto que es la empresa del feminismo*.

Como decía Françoise Collin (recuperada con fuerza por Chiara Zamboni): “la acción política feminista es más como la escritura de un texto que la producción acabada de

un libro. Vive de pasos fragmentarios y es como una obra que ‘tiene su centro en todas partes y la circunferencia en ninguna... continuamente reinicia mientras continúa.’³

Pero antes de proceder a reflexionar sobre cómo ha sido, tengo que dar brevemente *algunas informaciones*.

Supongo que ya sabéis cómo funciona el máster y no me alargó: las que se matriculan reciben los textos, con la invitación a contestar a algunas preguntas, brevemente o no, lo cual hacen escribiendo en español, luego la profesora contesta a su vez, una o más veces, yo lo hacía en italiano. Todo esto precedido por un intercambio de presentaciones autobiográficas. Un momento para mí de alegría, curiosidad, sorpresa, estupor y satisfacción, sensación de fuerza por la distancia que la red de las relaciones femeninas de una parte, y de otra la tecnología y el médium de la escritura me permitían alcanzar.

Frecuentemente, ha notado Annamaria Piussi,⁴ este era el momento de una autorrepresentación algo seductora y de las fantasías, pero para mí era donde podía estallar la revelación recíproca, de modo que se tendiera una mano más allá de la distancia. Era el momento en el que mi interlocutora alumna se situaba con respecto al estilo de la comunicación, al registro “institucional” del máster, y también en sus expectativas, deseos personales, teóricos y políticos, y sobre todo con frecuencia describía, se situaba, contextualizando su participación en el máster con respecto a ella, a su vida también material, explicitando los límites y las condiciones de su capacidad de respetar o no los tiempos y los modos, valorando mi disponibilidad. Durante el curso había dos ocasiones de intercambio por chat, muy cálidas, casi una fiesta en la que nos encontrábamos en una contemporaneidad y presencia virtual.

Al final estaba el paso, difícil, de la evaluación... Además, algunas me han elegido, a lo largo de los años, para seguir

la tesis final, otro momento que me ha obligado a afrontar problemas... Ha habido también encuentros en presencia, en Verona, con algunas alumnas y otras profesoras. De nuevo, una intermitencia de momentos de distancia, ausencia, y de presencia. Esta relación entre *presencia* y *ausencia* en la práctica política de las relaciones entre mujeres es una de las cuestiones en las que más he pensado, también con respecto a las dificultades que se manifiestan en la escritura, y volveré sobre ello pronto.

Pero el punto central del máster es el intercambio que se da partiendo de los textos escritos por mí que, leídos, alimentan una escritura en diálogo.

Cómo eran los textos o, mejor, cómo son ahora para mí:

1. *Por qué Teresa:*⁵ es el primer texto que escribí para Diótima, en el 89, tenía treinta años. A pesar del tiempo transcurrido es uno de los que llama cada vez más la atención ¡por tratarse de Teresa! Lleva la idea del círculo hermenéutico sexuado. Lo de desviarse de la autoridad masculina dominante con los movimientos del éxtasis y del ínstasis, y luego la autoridad que viene de las relaciones entre mujeres y el nombrar el orden simbólico de la madre.

2. *Nacimiento y nacer en la acción. A partir de Hannah Arendt,*⁶ 1996. Nadie es autor de su propia historia: va contra las políticas de la identidad, contra la idea de poder tener como autora un control de la propia historia y de la propia acción. Promueve una política feminista abierta, performativa, en la que no se expresa una identidad ya dada sino que se descubre en el hacer y en la palabra común.

3. *Intermedio: la estrategia de la abuela,*⁷ 1999: va del saber práctico, tácito, no llevado a una teoría explícita, sobre el vínculo entre práctica y gramática. La imagen más fuerte es la de la estrategia de la abuela que deja que el abuelo lleve los pantalones de mando, mientras se mantiene en la fuerza

del hecho de que en realidad gobierna ella. Se pregunta si esta estrategia femenina sigue siendo válida.

4. *Un vínculo sin legado*,⁸ 2002: el vínculo sin contenido, abierto. Es un texto muy difícil. Trata de la autoridad materna y de que no está vinculada con una herencia de contenido, de rol femenino, sino con el referirse a la primera relación materna que ofrece el primer pasadizo entre contingencia y trascendencia. Como en el aprender de la madre una lengua concreta, contingente, que no obstante ofrece el pasaje a la significación misma del lenguaje.

5. *Libertad “con”. La orientación de las relaciones*,⁹ 2004. Es un texto breve pero radical. Propone usar las relaciones constitutivas como orientación, y no los contenidos de verdad, preguntándose: “¿Pero quién te lo manda hacer?”

Son textos que escribí en el arco de quince años (entre mis treinta y mis cuarenta y cuatro), el último hace doce años. En todo este tiempo han pasado muchísimas cosas en mi vida, y he escrito bastantes más en ese período y después. Escogí esos artículos porque tenían un hilo temático, el pensar en lo que hacemos, pero no era un hilo tan rojo y visible como me parece ahora. Lo he reconocido de verdad gracias al máster.

Ante todo, esos textos que estaban distantes en el *tiempo* y habían sido escritos en momentos distintos, se me volvieron *contemporáneos* en la mirada ofrecida por la lectura de las alumnas: ellas los han leído uno detrás de otro, en un breve espacio de tiempo y como parte de un único discurso, como capítulos de un único texto más extenso que les hablaba en el tiempo presente, todos con una firma, la mía, que decía Yo.

Son todas lectoras expertas, habituadas a considerar el contexto histórico de un texto, mujeres atentas al debate cultural general y a las discusiones feministas. ¡No habían escogido Duoda por azar! Muchas aludían frecuentemente

a textos del feminismo y del pensamiento de la diferencia, sobre todo en español, pero también en inglés de la *gender theory* o franceses como Irigaray, o a textos importantes de filósofas del pasado. Transcurridos los dos primeros cursos, empecé a sentirme preocupada de que debía actualizar proponiendo textos más recientes. Pero ninguna ha señalado nunca el aspecto del tiempo: el *efecto de contemporaneidad* predominaba.

Y era un tiempo *en el presente*: el suyo de las que estaban leyendo y el del Yo de la escritura (fijado en cuando yo escribí en el presente), reforzado en este sentido de contemporaneidad, de sincronía, por mi estar ahora distante pero en una especie de presencia, respondiendo de aquel yo que había escrito y del Yo sujeto del texto.

Una parte de este fenómeno de *sincronía*, de anulación del tiempo, está siempre presente en el acto de la lectura, que actualiza lo que la escritura misma ha congelado en el transcurso del tiempo. Esperaba y casi contaba con este efecto en el momento en el que propuse textos de los que era autora, en la distancia temporal, en la lejanía espacial, en la diversidad de los contextos y de la lengua que estaban en la apuesta de la asignatura. Yo misma había adelantado precisamente en el primer texto, el de Teresa, la idea de un *círculo hermenéutico sexuado* que se activa cuando se lee de la vida o de la experiencia de otra mujer. Pero en ese caso puede tratarse muchas veces de algo que, aunque fundamental y con frecuencia iluminador al dar un referente de ejemplaridad, se puede quedar en el ámbito de la *identificación* y de la *proyección* en una figura femenina *ausente*. Distinto es el caso del máster, donde la mujer-autora, desde la distancia que siempre comporta la escritura, es devuelta a la presencia, aunque sea por escrito, y puede responder. No solo: desde el punto de vista de la autora, esta ausencia constitutiva que es también falta de coincidencia entre yo que escribe y yo sujeto de la escritura, es puesta en juego otra vez y ella-yo es llamada de nuevo en nombre propio y en co-presencia a

esa correspondencia y a esa toma de distancia que se da al escribir. Y si es cierto que esa lectura atenta, puntual, confiada pero también extremadamente crítica, me pedía cuentas del *contenido* de lo que estaba escrito, poniendo a prueba su solidez, la coherencia y la capacidad de nombrar también la realidad en su experiencia, en verdad *lo que se pedía era mucho más*. Mi autoridad de autora no se iba a medir solo con el valor del contenido, y menos con el hecho de que yo lo defendiera o ratificara quizá explicándolo mejor. Casi al revés: esos textos que había “cerrado” escribiéndolos, ellas los “reabrían” y me tocaba a mí mostrar que sabía no “cerrarme” defensivamente en lo ya dicho, en la foto fija ni de la palabra escrita ni de la imagen del Yo, de la identidad de autora de esos textos. Más bien sería más “maestra” cuanto más consiguiera estar en una posición de *apertura y reapertura compartida* de la escritura y de mi propia posición subjetiva, lo cual, por lo que he aprendido de esta experiencia, es lo que me ha hecho en cierto sentido reconocermé a mí misma como legítima “autora”. Precisamente cuando, fuera de toda pretensión de autoría entendida como posesión o control del propio texto y de la propia identidad de Yo que ha escrito, era devuelta al origen tanto de la “desposesión en nombre propio” que había sido la escritura, como a la *práctica de la relación* que me había llevado ahí y que me había *autorizado*.

Las preguntas, las respuestas y las consideraciones personales de esas lectoras que quería *implicar* en el “pensar en lo que hacemos”, ahora me llevaban a *re-volver* a mí misma y me volvían a llevar a pensar en lo que había hecho, a retomarlo y testimoniarlo *en presencia*. Por otra parte, era un volver ellas lo que yo esperaba que les ocurriera, y lo que buscaban al emprender el máster de Duoda, un volver que diera una revuelta, o el sentido de un volver ya ocurrido que llevar al pensamiento. Eran mujeres que buscaban con el máster algo *más*, pero no en el sentido de un título que añadir a su curriculum, una acumulación de otros conocimientos iguales que los

ya adquiridos en un movimiento rectilíneo y progresivo, ni siquiera en lo referido a los “estudios de las mujeres”. Más bien algo capaz de provocar una mutación, en un movimiento distinto, el del volver, que se vuelve al presente y revoluciona lo que ha sido y ha sido dado, abriéndolo a un *más*. Lo que, remitiéndome al significado original de “máster”, derivado de *magis*, llamaré *maestría*, pero volveré sobre ello mejor luego.

Resumiendo, tanto ellas como yo teníamos preguntas exigentes que hacernos, y no habría habido respuestas si no hubiéramos estado las dos partes en un mismo movimiento de volver, dispuestas a dejarnos llevar a la vorágine de una *común revolución simbólica que se supiese renovar en el presente*.

Se trataba, pues, de una *llamada al presente y a la presencia*, pero no se trataba en absoluto de *inmediatez*, ni de alimentar una fantasía de entendimiento femenino inmediato, ni de un reconfortante retorno especular; más bien, las *mediaciones* eran el centro de la estructura misma del máster, como lo son de la política de las relaciones o del feminismo de la diferencia. En este caso reforzada también por la puesta en juego de autoridad femenina y por la apuesta de hacerlo en el espacio grande y potencialmente, más bien programáticamente, alienante de la distancia de la lengua, de la diversidad de las situaciones, y en el desafío de moverse en un contexto académico. No *inmediatez*, por tanto, y menos aún ilusión de un retorno a un Yo inmediato una vez desenmascarada la pantalla de las mediaciones masculinas del saber establecido, aunque la expectativa fuera la de volver a poner en palabras la experiencia, a partir de sí y, por tanto, también con un intenso deseo de decir “yo”.

Sino como ha contado eficazmente Milagros Rivera hablando de su relación con las alumnas en su singularidad, “esa experiencia que me ha enseñado que soy un haz de relaciones, un haz abierto de relaciones”.¹⁰ La

búsqueda del decir auténticamente “yo” remite a la trama de relaciones, a *volver al signo de las relaciones marcadas en el yo*, y es una trama hilada en profundidad, a partir de la primera con nuestra madre, y luego espesada y extendida con las relaciones que nos constituyen, nos sitúan, nos sostienen, nos autorizan. Fueron al principio *relaciones en presencia*, después se articularon en prácticas que han sabido desarrollarse también a distancia y en ausencia, la primera entre todas la escritura, pero no solamente. Este pasadizo no es en absoluto sencillo ni sin riesgo, o sea, hay riesgo de perder el contacto con el inicio y, así, perder lo que Arendt llamaría la condición de la *natalidad*: en virtud de nuestra condición natal inicial, de haber nacido, tenemos la capacidad de ser a su vez inicios, y según ella la *facultad de iniciar* es la definición misma de la *libertad*.

El inicio, por su naturaleza, ya ha sido, y nuestra madre “Ella estaba desde el principio”, en palabras de Virginia Woolf.¹¹ En ese *inicio* aprendimos también un *principio* (como en el término griego *arché*) que gobierna lo que viene después; a este nos referimos cuando hablamos de lengua materna, pero esta no es simplemente dada, hay que volverla a encontrar con un movimiento que solo re-volviéndose nos trae otra vez al mundo y al lenguaje con la libertad de decir Yo. Incluso el lenguaje que nuestra madre nos ha enseñado de modo que en él nos pudiéramos mover confiadamente, de modo apropiado y libre, puede convertirse en un lugar de deportación y expropiación si ese inicio y ese principio no vuelven a hacerse presentes.

No es algo inmediato. Requiere un volver, y también en el sentido de una *vuelta* y una *revuelta*. Todo empuja en la dirección contraria, es el movimiento fundamental del orden paterno el cortar el vínculo con el inicio natal, con el origen materno y con la lengua materna como primera raíz, primer vínculo entre cuerpo y palabra, realidad y lenguaje. Saber hacerse de verdad *presentes a la realidad* significa *tener presentes* ese primer vínculo y las relaciones que nos han acreditado, pero con las cuales estamos en

una *deuda* que hace falta también saber devolver. Y no es una deuda que se restituya de una vez por todas; hay un reconocimiento inicial, un volver de libertad, pero no basta, luego harán falta también atención, una práctica y una disciplina, una política: resumiendo, es necesario adquirir una *maestría de libertad*.

Querría detenerme antes en el primer volver.

Todas nosotras tenemos familiaridad con ese fenómeno por el que una mujer vuelve, relata y coloca en el corazón de su vida y de su trayectoria evolutiva el acontecimiento de libertad que la ha como vuelto a traer al mundo vitalmente desde un mundo que resultaba humillante y mortífero. Un volver como una conversión, que la ha hecho renacer, recuperando el primer nacimiento y la relación con la madre que la trajo al mundo. Cada una recuerda el suyo, también en el máster salen muchos relatos de este tipo, por lo general nos reconocemos y emocionamos todavía y de nuevo, cada vez que ocurre.

Es el momento en el que se descarta, nos giramos, se vira de la trayectoria letal de la imposible adecuación al nombre del padre y se toma nombre propio. El feminismo se re-relata en este inicio, este corte que exime del nombre paterno que condena a una repetición coactiva y siempre inadecuada y defectuosa, o a la prosecución de una misión imposible que nunca dará reconocimiento, donde no seré nunca “yo” sino “menos que yo”, no yo, falso yo. Tiene la naturaleza de un acontecimiento, de un viraje, de una revolución, de una revuelta: se estaba en un punto de parón, de bloqueo, donde se estaba atorada, sufriendo, en una posición imposible y alienada, en un punto en el que una está pero no puede estar, no hay retorno del yo que esa posición restituye detrás del yo. Cuando se corta no se cae en el vacío, se regresa al inicio de la palabra, *donde no se estaba sola*, el lugar del yo no es obtenido como operación de extraer el yo del asidero de la lengua abstrayendo una posición solitaria y soberana, sino que nos volvemos hacia

la lengua materna, se encuentra la relación que trajo al mundo y al lenguaje (yo lo he llamado el *salto en el sitio*).¹²

Yo misma recuerdo bien ese acontecimiento de viraje, he regresado una y otra vez, pero he sido llevada a volver de nuevo por la experiencia del máster con respecto a mis escritos y luego de nuevo precisamente en las circunstancias de dificultad de escribir esta conferencia y de hacerlo con una mano sola. Qué raro que no lo hubiera visto antes: como ahora, también entonces el punto en el que me hallaba era el de un bloqueo de escritura. Había sido siempre una buena estudiante, esa de la que se dice “la mejor”, a pesar de que (o quizás precisamente porque) nunca me parecía que sabía lo suficiente. No reconocía maestro alguno como medida, nadie me parecía verdaderamente sabio, solo la medida universal de “todo lo que hay que saber”. Había tenido siempre las notas máximas en los plazos previstos, pero naturalmente (ahora sé que tenía que pasar) cuando se trató de escribir la tesina de licenciatura elegí un argumento enorme, empecé a estudiar furiosamente, lo hice durante varios años y perdí la convocatoria. Creo que nadie a esas alturas sabía más que yo, pero yo estaba bloqueada. Por fortuna para mí, era el 1984, conocí a Diótima en sus comienzos, cuando estaba haciendo una apuesta mucho más grande que yo con la filosofía y el escribir filosofía una mujer, y la reconocí enseguida. Allí encontré una maestra de la que fiarme, Chiara Zamboni: me liberaba de aquel imposible impulso y de aquel solitario desafío al saber, con el saber decir: “ahora es suficiente”. Así logré escribir.

Habréis reconocido la estructura de este bloqueo femenino de la escritura, que es distinto del conocido como *bloqueo del escritor*. La trayectoria del escritor, como la del sujeto masculino, es distinta: el autor es aquel que está destinado y autorizado en nuestra tradición a asumir la posición simbólica del Yo que escribe, por más problemático que esto sea. Mucho se ha hablado de la muerte del autor y de escritura en la crisis de esa tradición, y a algunas mujeres

esto les ha parecido que delineaba una posible alianza. No me detengo, pero a mí me parece una falsa proximidad.¹³

En el bloqueo del escritor, por más que indudablemente dramático para un individuo, para equilibrar la demanda siempre excesiva y alienante para el yo viviente de la escritura, estaban la autorización a la inscripción simbólica y la gratificación del mito del autor y de la expresión narcisista de un Yo que se pone en posición fálica y potente, casi omnipotente y creadora desde la nada, divina.

En el *bloqueo de la escritora* que tantas han vivido y descrito, había una más radical *prohibición* de escribir en nombre propio femenino, de asumir la posición subjetiva misma. Una mujer no podía ocupar la posición de autor más que inscribiéndose en el Nombre del Padre, cosa imposible. Después el proyecto de igualdad afirmó que una mujer podía ser también ella autor, en nombre propio como individuo, pero escribiendo en *nombre neutro*, lo que no era en realidad menos imposible. Se trataba de un auténtico *double bind*, de una situación de doble tirón. La revolución feminista permitió ser autora en nombre propio, trajo al mundo una nueva dimensión que lo hace posible, lo que llamamos el orden simbólico de la madre, o al menos uno de los sentidos que puede tener esta expresión, para mí el más esencial. Es esto lo que ha permitido que una mujer diga Yo, no enmudecida ni asimilada al orden del Nombre del Padre. Lo cual viene a decir que una mujer tiene un horizonte de *independencia simbólica*, o que hay *libertad femenina*. Pero en esto hay *más que Yo*, más que acceso al nombre propio. No existiría esta nominación propia sin una dimensión más grande que la acoja, dentro de la cual se inscribe. Para referirse a este más ha sido nombrada la madre como origen de vida y a la vez palabra. Y se ha hablado de *lengua materna*. No hay maternalismo alguno ni culto nostálgico en esta exigencia, que veo como simbólica todavía más que existencial, o las dos cosas a la vez. Pero hay bastantes sobreentendidos y problemas con respecto a

cómo se articulan el Yo y lo que es más que el Yo en lo que se expresa, en lo que se hace y eminentemente en lo que se escribe.

Después del primer volver.

La revolución simbólica feminista ha descartado, ha dado una vuelta (Luisa Muraro lo llama el *quiebro*), hacia afuera de este ensamblaje; ha puesto las condiciones de un espacio de comunicación, de un orden de referencia que permite al sujeto femenino el acceso a la toma de la palabra. Es la vuelta decisiva, la esencial. Ha ocurrido, ha sido ese inicio, y ha sido hecho y nombrado. ¿Y luego? ¿Qué ocurre en ese luego en el que estamos, y desde hace no poco? Se ha abierto un mundo, muchísimo ha sido dicho, escrito, emprendido, hecho y, sobre todo, tantas vidas femeninas han cambiado. Pero ese inicio de libertad no es solo del pasado, es del presente; es también *principio de un movimiento que no tiene fin*. Aunque se haya hablado de final del feminismo. El feminismo termina si ese inicio no retorna y no se retoma: como decía el título de un Seminario grande de Diótima años atrás, se hace “Siempre de nuevo el inicio”. Cada mujer lo retoma para ella, de ahí el volver de aquellos relatos.

A veces puede dar la sensación de repetición, incluso de cansancio: de nuevo el mismo gesto inaugural, siempre de nuevo. Puede parecer monotonía, pero recuerdo lo que decía Françoise Collin, subrayado con fuerza por Chiara Zamboni: es *monotonía de lo nunca idéntico*, que requiere testarudez y atención, vigilancia.¹⁴ Por otro lado ¡¡dicen de las feministas que son “obsesas”, están “fijadas”!! En verdad este rasgo singular de *fijación* feminista es sumamente importante, precisamente porque hay algo en el feminismo como en la libertad femenina que *no se puede fijar* de una vez por todas, aunque aquel primer corte simbólico, aquella revolución, haya ocurrido. Esto porque no se trata de *un constructo*, sino de *una postura de libertad*. Al modo en el que lo que ha sido llamado “orden simbólico de la madre” no se refiere tanto a la *acumulación*

de un saber como a las condiciones mismas de producción de un saber, las condiciones que vuelven un saber viviente, en correspondencia con la vida singular y común de la humanidad de mujeres y hombres que comparten el mundo.

Por eso decía yo antes que después del primer volver se abre la apuesta, y también la dificultad, de obtener una *maestría de libertad*.

Quiero afrontar la cosa aprovechándome de mi bloqueo de la escritora, pero la cuestión es de alcance más vasto: afecta a la escritura que asume el corte de la diferencia y el feminista, afecta a la producción simbólica, la construcción de un mundo común y de un saber compartido, la autoridad femenina, al qué significa la transmisión de la herencia del feminismo, lo que se entiende por orden simbólico de la madre, qué es lo que enseñamos, cómo se enseña la libertad de pensar y de actuar, en qué consiste, si en una tradición u otra cosa, cómo hacer genealogía, en qué relación están la singularidad y lo que hacemos y pensamos juntas... Afecta también a la empresa del máster de Duoda, el desafío que ha hecho, que habéis hecho las que lo habéis creado, el de las profesoras y el de las alumnas, cómo, qué se enseña y cómo, qué se aprende, cómo se evalúa.

Vuelvo, pues, a mi relato. Decía: después de la primera revuelta de aquel bloqueo conseguí escribir. Mi tesis de licenciatura, en primer lugar, pero después otros textos, nada que prescindiera de ese corte feminista, sin él estoy convencida de que no habría conseguido escribir nunca nada. Entre estos también los que propuse para el máster, y es precisamente esta experiencia lo que me ha hecho volver al modo en el que llegué a escribirlos en una dinámica que ponía en tensión, precisamente como en el máster, *presencia y ausencia, el hacer sola y el hacer con otras*.

Todos estos textos nacieron de una práctica de *pensamiento en presencia*, la de Diótima, que Chiara

Zamboni ha nombrado y reconstruido restituyéndole su sentido,¹⁵ y que también Milagros Rivera ha contado comparándola con el “juego de las damas”.¹⁶ Es una práctica a la que cada una se lleva toda entera, en un intercambio vivo de relaciones en las que están en juego el cuerpo, la palabra y los silencios, la lengua materna, el goce de estar ahí de un modo al tiempo consciente e inconsciente, propio e impersonal. Un proceso de *improvisación disciplinada*, donde circula autoridad que permite crear discontinuidad con el simbólico dominante. De esta práctica viviente en presencia me han llegado la autorización y la petición explícita de escribir, de afrontar esa práctica muy distinta que es la empresa de la escritura. No he tenido nunca el placer de escribir, ni de hablar en público, más bien es un sufrimiento, hablando se me baja la voz, y en la escritura me bloqueo todas las veces.

Y sin embargo ¡aquel primer bloqueo prohibitivo lo había superado! Este es un fenómeno distinto, una especie de bloqueo de la escritora feminista; en general he conseguido desbloquearme, pero confieso que en gran parte me sigue resultando enigmático; no obstante, la ocasión ofrecida por el máster de hacer cuentas en diálogo con otras sobre mis escritos me ha dado algunos elementos de mayor comprensión o, al menos, de reflexión. Estos tienen que ver con la maestría de libertad a la que he aludido antes, con las prácticas que siguen y desarrollan el primer volver en una dinámica de presencia-ausencia, con la posición autorial en nombre propio y el vínculo con algo que vuelve a llevar esa posición a un más que lo que le es propio, pero también con un retorno de negatividad. Es un nudo intrincado que intentaré articular un poco, mas que espero que vosotras me ayudaréis a devanar. Porque sé por experiencia que solo el poner en el círculo del diálogo en presencia en relaciones de confianza como esta, puede ayudar a deshacer o cortar los nudos que, a solas, nos aprietan.

Empiezo por lo que me queda más claro, comprendido gracias a la experiencia del máster, que es que esta ha sido

una experiencia de felicidad. Habrá habido también cierta satisfacción narcisista, pero con un rasgo peculiar que iba más allá, como he dicho, de la gratificación de la imagen del Yo cuya firma estaba al final del texto, que añadido siempre con relucencia. No era la reconfirmación del Yo garante como autor lo que hacía de término último de esa escucha y de esa confianza que he tenido, sino el reconocimiento de la fidelidad a la práctica viviente común que las había movido y autorizado. Era llamada a más que Yo, en un movimiento de volver que me hacía dirigirme a un yo que era más que Yo, fuera en la capacidad de estar en el presente, fuera en la de *tener presente* el origen relacional en presencia a partir del cual ese Yo había tenido que distanciarse para la escritura.

La significación escrita comporta, en realidad, un aventurarse a solas en una dimensión de ausencia. Es una situación que expone a riesgos la escritura feminista. Al primero he aludido diciendo que firmo siempre con cierto sentimiento de culpa, como si me apropiase de un bien común. Sé que más de una vez esta cuestión ha sido verificada en los primeros tiempos del movimiento, cuando una se proponía escribir dando cuenta de lo que había sido ganado en un trabajo político común, y no son raros en el feminismo los episodios clamorosos de acusación de traición y de apropiación de un pensamiento común (ejemplo por todas, Irigaray). En algunos casos se decidió usar un nombre colectivo, como la Librería de mujeres de Milán para *No creas tener derechos*. En nuestros libros la autora aparece como Diótima, pero cada una firma sus textos, y hemos dicho que “Diótima es un nombre común de relación entre mujeres”.

Otro riesgo, asociado con el primero, es el de que la atmósfera de soledad y de ausencia típica de la escritura evoque el antiguo fantasma del autor solitario omnipotente / impotente, al que hace de contrapeso el apelo a la asunción de la medida universal y abstracta del orden paterno. Es un peligro que está siempre al acecho,

eminentemente en la escritura teórica, filosófica, en la que busca la nominación conceptual de la experiencia de la realidad y del pensamiento que hemos tenido al medirnos con los saberes. Aunque haya partido de sí y de una antigua práctica con otras, con los pies bien plantados en el suelo, una puede encontrarse como ascendida al cielo, desencarnada y despegada contemplando el mundo con la “mirada en ninguna parte” (*view from nowhere*).

Paréntesis, una advertencia que viene de Platón

Una sugerencia nos llega desde el momento en el que nuestra tradición enfiló el sendero de la escritura y de su separación de la oralidad y de las situaciones en presencia. Sobre la escritura, la historia de la filosofía se ha atormentado desde los tiempos de Sócrates, que no escribió, de Platón que, aunque escribió, expresó en el mito de Teut la advertencia más conocida de sus peligros:¹⁷ la escritura es un *pharmakon*, una medicina pero también un veneno, que en vez de memoria ofrece el recuerdo de cosas del exterior, no del interior de sí, y una sabiduría que es solo aparente. El signo escrito promete fijar y eternizar, pero lleva consigo algo mortal, la letra muerta, se dice. No hay duda de que la advertencia de Platón era ambigua, y tampoco la hay del hecho de que nuestra tradición ha privilegiado precisamente partiendo de él la potencia de la escritura aunque con su rasgo alienante y mortífero, y la razón monológica sobre la dialógica. Por otra parte, a él se le debe el mito de la caverna sobre el que Irigaray nos ha advertido. Pero aquí nos dice algo importante, precisamente mientras se distancia: los signos escritos producirán solo apariencia de sabiduría, porque recordarán las cosas del exterior y no del interior, y esto hará olvidar y dificultará la *synousia*, el estar juntas o juntos y el saber estarlo.

Volviendo a la escritura feminista

En el feminismo se inventaron muchas prácticas para combatir riesgos como estos que se corren en la escritura,

pero también en otras empresas que comportan toma de distancia, ausencia, un actuar singular en nombre propio, cada vez que el amor del mundo impulsa a una mujer a andar por todas partes, y otras más, por necesidad o por algo más. La escritura femenina y feminista ha activado diversas prácticas para mantener el vínculo con la práctica natal de la presencia, muchas derivadas del partir de sí: el escribir en lengua materna, el mantener el vínculo con la experiencia y el cuerpo, el señalar las relaciones y las deudas con otras mujeres, el interrumpir las reglas previstas del discurso, etc., pero nada está garantizado si no es recuperado y relanzado desde una práctica igual de otras mujeres, en la lectura y en el diálogo en el mundo común de modo que circule la autoridad femenina. Otras prácticas han sido inventadas para otras situaciones, basta pensar en el *affidamento*, y todas quieren sobre todo mantener el vínculo y la relación a raíz de la tensión entre presencia y ausencia. El máster mismo es una de estas prácticas, preciosa, ha sido orientada o continuamente atraída por el volver a la presencia, al estar juntas, si no con los cuerpos, con las relaciones que el feminismo como política de la libertad femenina ha inventado. Un modo de reactivar la fuerza del estar juntas, y de lo que sucede en el presente y en presencia, *teniéndolo presente*, que nos lleva a ser más de lo que creemos ser, nos convoca a un más, y esto también cuando nos alejamos, precisamente a por un más, de aquella co-presencia.

Reconozco en esta práctica un sentido nuevo del título *Pensar en lo que hacemos*: no es solo una invitación a pensar en lo que se hace, a dar la prioridad a lo que se hace y luego llevarlo al pensamiento. La frase usa el plural no por casualidad: *hacemos*, se trata de lo que *hacemos juntas*, de la pluralidad relacional constitutiva del actuar, y Arendt lo sabía bien. También cuando pensamos, hablamos, escribimos o actuamos en primera persona y aparentemente a solas, hay una red plural de referentes que nos sostiene, y que no hay que cancelar ni olvidar en nombre de una libertad malentendida como soberanía del

Yo. Una invitación válida todavía más cuando, como en las prácticas feministas de las relaciones, pensamos juntas lo que hacemos.

Este saber pensar lo que hacemos juntas tiene que ver con el obtener una maestría de libertad, expresión que he usado varias veces y a la que ahora me vuelvo.

Maestría de libertad, volver a la práctica natal

La raíz etimológica de ‘máster’ remite al ser ‘magister’ y a su vez el término lleva dentro un ‘magis’ que señala un ‘más’. El sentido dominante de ‘máster’ es el de entenderlo como ser un ‘jefe’, un superior, el que tiene el control y un poder, es una autoridad entendida de este modo.

Pero el sentido de este ‘más’ he aprendido que es distinto en el ser ‘magistra’ en esta experiencia, en el tener alumnas que asistían a un máster, no para tener un título más en su saber, sino para adquirir algo más que les diera una maestría de libertad sobre el saber mismo.

¿Qué significa tener maestría? Saber hacer algo bien, con soltura y sobre todo con libertad. No se trata, en realidad, solamente de un saber, una técnica o una competencia que se ha aprendido y que se sabe repetir, ejecutar. Más bien es un saber hacer la cosa *apropiada*, sea en el sentido de que es la cosa justa, sea que la hemos *hecho propia*, nuestra, la hemos como incorporado de modo que somos nosotras mismas, nuestro juicio y nuestra acción en una cierta situación, quienes son la *medida* de lo que hay que hacer. Una capacidad similar al ser de lengua madre, a practicar la lengua materna. La maestría permite hacer la cosa apropiada en situaciones distintas, nuevas, con respecto a aquellas en las que la adquirimos, con la libertad que sirva cada vez. Quien tiene maestría es capaz de hacer cosas *impropias*, para que sean apropiadas. Es la valentía de exponerse *en nombre propio de modo impropio*. Un más con respecto a los saberes consolidados, un desafío abierto a los saberes.

Pero más aún, ni siquiera el nombre propio es de verdad propio, la maestría no es una posesión.

La maestría es sin duda una virtud que se adquiere y se ejerce singularmente, pero no una virtud meramente individual y que poseemos como un objeto de conocimiento; es algo para nada solitario, aunque suceda que haya que mostrarla en primera persona sin que seamos sustituibles. Hay facetas distintas: el yo que la maestría no solo ha aprendido a “saber hacer por sí solo” separándose de la relación y situación donde la ha aprendido, de estas más bien lleva conscientemente el signo, estas le han autorizado en aquella toma de distancia, y es esta conciencia lo que permite que se meta con libertad en situaciones y relaciones nuevas. La maestría no es una *posesión*, es, más bien, una *postura*, definida por la posición relación que se sabe poner en práctica y renovar.

Siguiendo el consejo de Milagros de *educar como educan las madres*, pensemos en cómo nos enseñó nuestra madre las muchas cosas que hemos aprendido de ella: a mirar, a hablar, preguntar, responder, accionar, reaccionar, movernos, andar.

Andar solos: Kant, hablando de la Ilustración como salida del hombre del estado de minoría de edad, exaltaba el ser sujeto autónomo, independiente, que anda solo, y ponía en guardia de la autoridad de los maestros, siempre dispuestos a aprovecharse de quien no tiene el valor de pensar por sí solo, de hacer uso de su razón, como gran parte de los mayores de edad y, con ellos -decía- todo el bello sexo, las mujeres. Es una de las descripciones más famosas del sujeto moderno, masculino, y no hay que dudar de la existencia y permanencia de ese tipo de maestros, que Kant estigmatiza agitando el peligro de quedarse bajo la autoridad materna. ¡Sus razones habrá tenido o, más bien, su Razón, pero las madres son un tipo de maestra distinto! Una madre enseña a hablar y a andar y a estar en el mundo por sí, a hacerlo sin su sostén presente, pero no a pensarse

independientes, solitarias y sueltas de todo vínculo. Es cierto que está el problema de que las madres daban esta matriz de libertad, pero en el pasado con frecuencia ellas mismas no eran libres en su ejercicio, deportadas a un régimen de contenidos patriarcales que tenían necesidad de esa enseñanza y de esa primera autoridad, y acababan negándola y dejando a las hijas una tarea de rescate demasiado exigente.

TRES CONCLUSIONES

Un negativo materno en el bloqueo de la escritora

Lo digo como problema en el que estoy pensando, encarnizadamente y sin una respuesta reconfortante.

El primer volver libera de la obligación del nombre del Nombre del Padre, y ¡viva! Pero también vincula con un orden materno, y la madre da libertad pero es *exigente*. Suelta de los falsos deberes, imposibles, aunque también formalmente fáciles de obedecer sin libertad, pero vincula con una obligación más alta e íntima, si se busca la libertad. No solo exonera de una medida paterna imposible y libera, sino que da una medida más alta. Es el único y gran problema que he tenido en la evaluación de las alumnas del máster. Es el problema del juicio de autoridad femenina. El primer gesto es esencial, esencial hacerlo, reconocerlo y nombrarlo. Pero ¿la maestría de libertad que viene después? ¿Qué medida tiene en el juicio de autoridad femenina?

No tengo respuesta. Sé una cosa de la dificultad que me mete en el bloqueo de la escritora: la de la *deuda*. Cuando intento responder, y escribir, tengo que responder a algo que siento enorme, a lo que soy inadecuada, el exponerme es a riesgo del juicio materno, no de su amor quizás, sino del más que ella tal vez no tuvo para sí y sin embargo ha entregado a nosotras las hijas.

He escrito que hay un *irreparable* en la historia entre una

madre y una hija, y es necesario aceptarlo como tal, pero hay una consigna a una deuda de libertad a sí mismas en su nombre a la que solo puede responder el acoger la llamada de la libertad en su nombre. No se puede responder individualmente, la respuesta es más grande y se da solo juntas, a trozos inadecuados y fragmentarios. Enseñar maestría de libertad comporta aceptar este límite del yo individual, y apostar por volver de modo apropiado en nombre “impropio”, más y menos que propio, no en nombre propio.

Navegar *one handed*

Sobre el hacer las cosas a solas, y escribir con una sola mano, he tenido experiencia en este período de ser *minus*, mientras tenía que escribir del ser *magis*. También he leído bastante sobre la escritura y el escribir con una mano sola, pero no os canso con lo que dicen Heidegger o Derrida. Una cosa me ha llamado la atención, sin embargo: Heidegger dice que la mano sola y la escritura con una sola mano son lo propio del hombre en el uso del lenguaje, con respecto a los animales. Yo en cambio he pensado en las manos de las madres, en cuando tienen que arreglárselas con una sola mano teniendo hijos en brazos o las manos ocupadas, y en qué tendrá que ver esto con el origen del lenguaje. Pero abandono estos asuntos filosóficos. Mejor, como marinera, quiero terminar con una referencia náutica. Un *one handed* es en lenguaje marineramente un navegador solitario, que tiene, sí, dos manos, pero hay un proverbio fundamental que cualquier marineramente conoce: *¡Una mano para ti y una para la barca!*

Significa que *nunca* si te adentras en la mar, especialmente en solitario, debes perder el contacto con un asidero fijado al que te permite navegar, tu barca; no tener nunca la arrogancia de tener tanta maestría como para ser independiente con las manos libres. Una mano actúa, la otra sostiene el vínculo; si no, acabas en el mar y estás perdida...

Volviéndome al inicio

Vuelvo al koan que he citado al comienzo, y también a mi encontrarme con una sola mano, y a mi querer apañármelas con una mano sola.

Los koan se proponen para provocar un viraje, poniendo delante algo paradójico y como imposible en nuestro modo habitual de pensar que nos encastra.

Os leo lo que de este koan dice Simone Weil: “Pensar el sonido de una mano”. Significa buscar la relación. Cosas que no tienen más que ser la relación”.¹⁸

Recepción del artículo: 20 de abril de 2016.

Aceptación: 10 de mayo de 2016.

Palabras clave: Máster en Estudios de la Diferencia Sexual - Duoda - Diana Sartori - Libertad femenina - Filosofía contemporánea - Maestría de Libertad.

Keywords: Master in Studies of Sexual Difference - Duoda - Diana Sartori - Feminine Freedom - 21st-Century Philosophy - Master in Freedom.

notas:

¹ <http://www.diotimafilosofe.it/larivista/noi-che-non-siamo-indifferenti>.

² Muraro, Luisa, *Le amiche di Dio*, Nápoles: D'Auria, p. 2001, 234.

³ Zamboni, Chiara, “Il centro è ovunque, la circonferenza in nessun luogo: la filosofía feminista di Françoise Collin”, en *Una filosofía feminista. In dialogo con Françoise Collin*, S. Cesario di Lecce: Mami, 2015. Collin, Françoise, *Praxis de la diferencia*, ed. de Marta Segarra, Barcelona: Icaria, 2006.

⁴ Piusi, Anna Maria, “De ida y vuelta. Dar un rodeo con la escritura en un máster online”, *DUODA. Estudis de la Diferència Sexual* 32 (2007) 49-56.

⁵ En Diótima, *Traer al mundo el mundo. Objeto y objetivación a la luz de la diferencia sexual*, traducción de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Icaria, 1996, p. 41-78.

⁶ En *DUODA. Revista d'Estudis Feministes* 11 (1966) 135-155.

⁷ Diótima, *El perfume de la maestra: en los laboratorios de la vida cotidiana*, traducción de Núria Pérez de Lara, Barcelona: Icaria, 2002.

- ⁸ En *DUODA. Revista d'Estudis Feministes* 22 (2002) 57-72.
- ⁹ En *DUODA. Revista d'Estudis Feministes* 26 (2004) 195-115.
- ¹⁰ María-Milagros Rivera Garretas, *El Amor es el Signo. Educar como educan las madres*, Madrid: Sabina, 2012, p. 75.
- ¹¹ Virginia Woolf en *Momentos de ser*.
- ¹² Sartori, Diana, *Salto sul posto*, en Diotima, *La festa è qui*, Nápoles: Liguori, 2012, p. 3-31.
- ¹³ Pienso sobre todo en Derrida y su posición sobre la prioridad de la escritura sobre la oralidad, en el centro del logocentrismo y de la “metafísica de la presencia”. A pesar de sus aspectos interesantes, me parece que es una crítica que se coloca paradójicamente en la cima de esa tradición invirtiéndola: la trayectoria de la tradición masculina del sujeto, la soberanía del autor, etc., se invierte en una total desposesión que lo deja al albur de la escritura. En cualquier caso, hay una renovada cancelación de la lengua materna. Distinta es la trayectoria del sujeto femenino, ya desposeído y alienado en el lenguaje y en la escritura. La prioridad de la escritura sobre la oralidad y la presencia no juegan el juego de la mujer (v. Cavarero, Adriana, *A più voci*, Milán: Feltrinelli, 2003). Más bien el referirse a la lengua materna devuelve el vínculo entre cuerpo y lenguaje, yo y otro, la posibilidad de que la dimensión de la significación simbólica en sus varios aspectos vuelva a su raíz de correspondencia con la experiencia, no ingenuamente ni en la presunción de la soberanía subjetiva o de la metafísica de la presencia, sino en la relacionalidad constitutiva del sujeto y del lenguaje, y también de la escritura.
- ¹⁴ Zamboni, Chiara, “Il centro è ovunque, la circonferenza in nessun luogo”, cit.
- ¹⁵ Zamboni, Chiara, *Pensare in presenza*, Nápoles: Liguori, 2009.
- ¹⁶ Rivera Garretas, María-Milagros, *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*, Barcelona: Icaria, 2001.
- ¹⁷ Platón, *Fedro*, 274e-275a.
- ¹⁸ Weil, Simone, *Quaderni*, vol. III, Milán: Adelphi, 1988, p. 75.